



## VALENCIA

**H**ECHO todo de un tiron, como se dice en España, ó de un aliento, el viaje de Granada á Valencia, es uno de esos paseos que un hombre razonable se toma una sola vez en la vida. De Granada á Menjíbar, pueblo colocado sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, entre Jaen y Andújar, hay una noche de diligencia; de Menjíbar á Alcázar de San Juan, una media jornada de camino de hierro, en un coche sin cortinillas, en medio de una llanura desnuda como la palma de la mano y con aquella friolerilla de sol; y desde Alcázar de San Juan á Valencia, teniendo en cuenta toda una noche que se pasa en la estacion de Alcázar esperando el tren, y otra de añadidura y otra mañana, se llega despues á la suspirada ciudad al medio día en punto, cuando la naturaleza, como diría Emilio Praga, asusta con la terrible idea de que aun quedan cuatro meses de verano.

Pero es preciso declarar que el país que se recorre desde el principio hasta el fin de este viaje es tan hermoso, que si se fuese capaz de un sentimiento gentil

cuando se cae uno de sueño y se va sudando la gota gorda, se dirían cosas admirables acerca de la travesía. Es un viaje de vistas inesperadas, de cambios imprevistos, de contrastes extravagantes, de efectos de escena, por decirlo así de la naturaleza, de trasformaciones maravillosas y fantásticas, que dejan en la mente no sé qué vaga ilusion de haber recorrido, no un trozo de España sino todo un meridiano de la tierra á través de los países más diferentes. Desde la vega de Granada, que atravesé á la luz de la luna, casi abriéndome camino entre los bosques y los jardines, en medio de una vegetacion pomposa que parece que se amontona alrededor como un mar embravecido para envolvernos y sumergirnos en sus atrevidas ondas de verdor, salís en medio de los montes abruptos y escarpados donde no se ve rastro de vivienda humana; pasais cerca de los bordes de los precipicios; costeis la orilla de los torrentes, resbalais al fondo de los barrancos os parece estar extraviado en un laberinto de rocas. De aquí salís otra vez en medio de las verdes colinas y de los campos floridos de la alta Andalucía, y luego, de repente, aparecen campos y colinas y os encontráis en medio de las montañas de piedra de Sierra-Morena, que se aparecen por todas partes sobre la cabeza y os ocultan por todos lados y en redondo el horizonte como las paredes de un inmenso abismo. Salís de Sierra-Morena, y se os extiende delante la desierta llanura de la Mancha, para encontraros á poco en la florida llanura de Almansa, esmaltada de toda clase de cultivos, que presentan el aspecto de un vastísimo tapíz cual tablero de ajedrez,

pintado de todos los matices de verde que pueden salir de la paleta de un paisajista. Y por último, del lado de allá de la llanura de Almansa se abre un oasis delicioso, una tierra bendecida por Dios, un verdadero paraíso terrenal, el reino de Valencia, de los confines del cual á la ciudad, se atraviesa por entre jardines, viñas, y grandes grupos de naranjos, entre casitas blancas coronadas de terrados, entre pueblos alegres pintados de vivos colores, con grupos, hileras y bosques de palmeras, de granados, de aloes, de cañas de azúcar, con desmesurados y altos valladares de higos de Indias, entre larga cadena de colinillas y de cerros de forma cónica, cultivados como huertos, jardinillos, y eras extendidos en pequeños trozos desde las cimas al fondo y matizados por grandes grupos de hierba y de flores; y por todas partes una vegetación ardiente, que llena todos los huecos, que corona todas las alturas, que viste todas las prominencias, que se alza, que cuelga, que se arrastra, que se confunde, se amontona, se entrelaza, os trastorna la vista, os cierra el camino, os deslumbra de verdura, os cansa de tanta belleza, os confunde con sus caprichos y sus locuras, y os hace el efecto de un alumbramiento improvisado de la tierra, acometida de una fiebre voluptuosa por el fuego de secreto volcán.

El primer edificio que salta á la vista al entrar en Valencia, es una inmensa plaza de toros, situado á la derecha del camino de hierro, formada de cuatro órdenes sobrepuestos de arcos, sustentados por fuertes pilastras, todo de ladrillo, parecida á lo lejos al Coliseo. Es la plaza de toros donde, el 4 de Setiembre

de 1871, el rey Amadeo, en presencia de diez y siete mil personas, estrechó la mano al célebre torero apellidado el Tato, cojo, que siendo director del espectáculo, había pedido permiso para ir al palco á presentarle sus respetos. Valencia está llena toda de recuerdos del duque de Aosta. El sacristán de la parroquia posee un cronómetro de oro con iniciales en brillantes y una cadena adornada de perlas, regalada por él cuando fué á orar en la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados. En el Hospicio de este nombre, los pobres recuerdan haber recibido un día de su mano el pan cotidiano. En el obrador de mosaicos de un tal Nolla, se conservan dos ladrillos, sobre uno de los cuales grabó con su mano su nombre, y sobre el otro el nombre de la reina. En la plaza de Tetuan, el pueblo señala la casa del conde de Cervellon, en la cual tuvo hospitalidad; que es la misma casa donde Fernando VII firmó en 1814 el decreto que anulaba la Constitución; donde abdicó la reina Cristina en 1840; donde pasó algunos días la reina Isabel en el año 1858. En fin, no hay un ángulo en la ciudad donde no pueda decirse: aquí estrechó la mano á un ciudadano; aquí visitó un taller; por aquí pasó á pié, alejado de su séquito, rodeado de una muchedumbre, confiado, tranquilo, sonriente... Fué Valencia, la ciudad en la cual una niña de cinco años, recitándole versos, tocó aquel terrible argumento del rey extranjero, con las más nobles y más sensatas palabras que tal vez se han pronunciado en España de muchos años á esta parte: palabras que si toda España hubiese recogido

y meditado, tal vez hubiera ahorrado muchas de las calamidades que la han herido y que le esperan: palabras que tal vez, un día, algún español recordará suspirando, y que ya desde ahora arrojan sobre los sucesos una luz maravillosa de verdad y belleza.

Y como los versos son hermosos y fáciles yo los transcribo. La poesía se titula *Dios y el Rey*, y dice así:

Dios, en todo soberano,  
Creó un día á los mortales,  
Y á todos nos hizo iguales,  
Con su poderosa mano.

No reconoció Naciones,  
Ni colores, ni matices,  
Y en ver los hombres felices,  
Cifró sus aspiraciones.

El Rey, que su imágen es,  
Su bondad debe imitar,  
Y el pueblo no ha de indagar  
Si es alemán ó francés.

¿Por qué con ceño iracundo  
Rechazarle siendo bueno?  
Un Rey de bondades lleno  
Tiene por su patria el mundo.

Vino de nacion extraña  
Cárlos quinto emperador,  
Y conquistó su valor  
Mil laureles para España.

Y es un recuerdo glorioso  
Aunque en guerra cimentado,  
El venturoso reinado  
De Felipe el Animoso.

Hoy el tercero sois Vos  
Nacido en extraño suelo  
Que viene á ver nuestro cielo  
Puro destello de Dios.

Al rayo de nuestro sol  
Sed bueno, justo y leal,  
Que á un Rey bueno y liberal  
Adora el pueblo español.  
Y á vuestra frente el trofeo  
Ceñid de perpétua gloria,  
Para que diga la historia  
—Fué grande el Rey Amadeo.

¡Oh, pobre niña: cuántas cosas sábias has dicho tú, y cuántas cosas insensatas han hecho los demás!

La ciudad de Valencia, si se entra pensando en las baladas de los poetas que cantaron sus maravillas, no parece que responde á la bella imágen que nos habíamos formado en la imaginacion; y por otra parte no ofrece aquel aspecto siniestro al cual uno se prepara, si se fija en la justa fama que tiene de ciudad turbulenta, peleadora, fomentadora de las guerras civiles, y recreándose más bien con el olor de la pólvora que con la fragancia de sus bosquecillos de naranjos. Es una ciudad construida sobre una vasta y florida llanura, sobre la orilla derecha del Guadalaviar que la separa de sus arrabales, un poco retirada de la rada que le sirve de puerto, con todas las calles tortuosas, flanqueadas de casas altas, feas y multicolores, y por esto de aspecto más desagradable que las calles de las ciudades andaluzas, y privada enteramente de aquel ligero aire oriental que conmueve tan tiernamente la fantasía. Sobre la orilla izquierda del río se extiende un hermoso paseo formado de majestuosas alamedas y de bellos jardines, al cual se llega, saliendo de la ciudad por la puerta del Cid, flanqueada por dos gruesas torres almenadas,

llamada con el nombre del héroe porque por ella pasó en 1094, después de haber echado á los moros de Valencia. La catedral, construída en el sitio donde estuvo un templo de Diana, en tiempo de los romanos; después, una iglesia del Salvador, en tiempo de los godos; después, una mezquita de los árabes en 1101, y por tercera vez iglesia del rey Don Jaime después de la caída definitiva de los invasores, es un vasto edificio, muy rico de adornos y de tesoros; pero que no puede resistir la comparación con la mayor parte de las demás catedrales españolas. Encierra Valencia palacios dignos de ser vistos, como el palacio de la *Audiencia*, que es un hermoso monumento del décimo sexto siglo, en el cual se reunían las Cortes del Reino de Valencia; la casa de Ayuntamiento, construída entre el siglo xv y el xvi, en la cual se conserva la espada de Don Jaime, las llaves de la ciudad y las banderas de los moros; y sobre todos, la *Lonja*, la Bolsa de los negociantes, por su célebre sala formada por tres grandes naves divididas por veinte y cuatro caprichosas columnas, sobre las cuales se encorvan con atrevido arrojo los arcos ligeros de la bóveda, y la vista recibe de aquella arquitectura una agradable impresión de alegría y de armonía. Y, en fin, tiene un Museo de pintura que no es de los últimos entre los de España.

Pero á decir verdad, en aquellos pocos días que permanecí en Valencia esperando un barco, tuve más la cabeza en la política que en el arte. Y experimentaba la verdad de aquellas palabras que ántes de partir de Italia había oído decir á un ilustre italiano,

el cual conoce España como su casa: "El extranjero que vive, aún por breve tiempo, en España, es conducido poco á poco, sin que él se dé cuenta, á calentarse la sangre y á romperse la cabeza contra la política, como si España fuese su país ó la suerte de su país dependiera de la suerte de España. Las pasiones son tan ardientes, la lucha es tan encarnizada, y en esta lucha está siempre tan en juego el porvenir, que nadie que tenga un poquito de imaginación y sienta correr por sus venas sangre latina, puede ser público indiferente de semejante espectáculo. Es necesario agitarse, hablar en los corrillos, tomar en serio las elecciones, confundirse con la muchedumbre que se entrega á demostraciones políticas, disputar con los amigos, formarse una sociedad de personas que piensen de igual manera que nosotros, y hacerse, en fin, español hasta los huesos. Y á medida que uno se va haciendo español, no se acuerda de Europa para nada, cual si viviera en los antípodas, y acaba por no acordarse más que de España, como si la gobernase y tuviese en sus manos los intereses de la nación..." Y es tan cierto esto, como que á mí precisamente me sucedió. En aquellos momentos había caído el ministerio conservador y los radicales navegaban viento en popa. España toda estaba en ebullición: se cambiaban gobernadores, generales, empleados de todas categorías y de todas las administraciones; una inmensa turba invadía los despachos de los ministerios dando gritos de alegría. Zorrilla debía inaugurar una nueva era de prosperidad y de paz. D. Amadeo había tenido una inspiración del

cielo, la libertad había vencido, España estaba á salvo. Tambien yo, al escuchar la música que daba una serenata al nuevo gobernador, bajo un hermoso cielo estrellado, en medio de un pueblo dichoso, concebí la esperanza de que el trono de D. Amadeo podría al fin echar raíces y me reproché mi precipitación en hacer pronósticos pesimistas. Y aquella comedia representada por Zorrilla en su casa de campo, cuando no quería á ningun precio aceptar la presidencia del ministerio, sin hacer caso de amigos ni de comisiones, hasta que al fin, no pudiendo ya negarse, consintió en dar el sí, aquella comedia me daba alta idea de su carácter, moviéndome á augurar muy bien del nuevo gobierno. Y acariciaba ya el pensamiento de regresar á Madrid, para tener la satisfacción de mandar á Italia noticias consoladoras que hicieran perdonable mi imprudencia contumaz, de no referir á los míos de allá otra cosa más que tonterías. Y repetía los versos de Prati: "*Oh, qual destin t'aspetta, —Aquila giovinetta!*"—que, salvo un poco de hinchazon en los epitetos, me parecían encerrar profunda profecía; y ya imaginaba ver al poeta en la plaza *Colonna*, de Roma, y correr á su encuentro para estrecharle la mano y regocijarme con él...

Lo más hermoso que puede verse en Valencia es el mercado. Los campesinos valencianos son los que visten más artística y graciosamente en toda España. Para figurar ventajosamente entre las máscaras de nuestros bailes, les bastaría entrar en la sala tal cual se encuentran los días de mercado y de fiesta, en las calles de Valencia y en los caminos del campo. De

pronto, cuando se les ve así vestidos, dan ganas de reir y no se cree que sean campesinos españoles. Tienen no sé qué aspecto de griegos, de beduinos, de bailarines, de comparsas de tragedia á medio vestir, de mujeres medio desnudas al acostarse, de gente alegre que á su costa quiere hacer reir á los demás...

Llevan ancha camisa blanca que hace las veces de chaqueta, chaleco de terciopelo de diferentes colores, pantalones de lienzo, como los zuavos, que no les llega á las rodillas, semejantes á calzones de mujer, y que mueve el viento como faldellín de bailarina; faja encarnada ó azul; dos especies de polainas de lana blanca, bordadas y que dejan en parte al descubierto las desnudas rodillas, sandalias de cáñamo como los campesinos catalanes, y en la cabeza, (casi siempre pelada á rape), un pañuelo colorado, azul, amarillo ó blanco, doblado al través y atado sobre las sienes ó sobre la nuca y encima del cual se ponen á veces un sombrero de la misma forma que los que se usan en las demás provincias de España. Cuando van á la ciudad llevan sobre los hombros ó al brazo, ya á guisa de chal, ya á manera de mantilla ó banda, una *manta* de lana, larga y estrecha, á rayas de colores vivísimos, blancas y encarnadas comunmente, adornada con borlas, franjas, lazos y cintas. Fácil es imaginar el aspecto que ofrecerá una plaza donde estén reunidos cien hombres vestidos de esa manera: una escena de carnaval, una fiesta, un tumulto de colores, que causa alegría como banda de música, como espectáculo de charlatanes, gracioso, ridículo, pomposo y elegante al mismo tiempo. Y los semblantes

altivos y las actitudes majestuosas que distinguen á los campesinos del reino de Valencia, añaden á lo dicho un matiz de gravedad que realza aquella extravagante belleza.

Si hay un proverbio insolente y falso, es seguramente el antiguo proverbio español que dice: "En Valencia la carne es hierba, la hierba agua, los hombres mujeres y las mujeres nada." Dejando aparte la historia de la carne y la hierba, que no es más que un juego de palabras, los hombres, sobre todo, los del pueblo, son altos y fuertes, y tienen un aire animoso ó audaz, como los catalanes y aragoneses, con un no sé qué en la mirada más vivo y brillante; y en cuanto á las mujeres, segun opinion de todos los españoles y de los extranjeros que han viajado por España, son las más clásicamente hermosas del país. Los valencianos que saben que la costa oriental de la Península fué ocupada antiguamente por los griegos y los cartagineses, dicen:—"¡Es claro! *Aquí se quedó el tipo de la belleza griega.*" No lo afirmaré ni negaré, porque definir la belleza de las mujeres de un país en el cual solo se han pasado algunas horas, me parece licencia de compilador de *Guías*. Pero es sumamente fácil notar una diferencia notable entre la belleza de las andaluzas y la de las valencianas. La valenciana es más alta, más gruesa, menos morena; tiene los rasgos de la fisonomía más regulares, los ojos más dulces y las actitudes más graves. No es excitante como la andaluza, que hace experimentar la necesidad de morderse un dedo para apaciguar la insurrección repentina y desordenada de deseos ca-

prichosos que á su vista se levantan en nuestro sér; es una mujer que se contempla con admiracion más tranquila, y al mirarla *notre tête se relève, notre maintien s'ennoblit*, como dice La Harpe, del Apolo de Belvedere; y en vez de desear una casita andaluza para esconderla á los ojos de todo el mundo, se desea un palacio de mármol para recibir á las damas y caballeros que vengan á rendirle homenaje.

De dar crédito á los demás españoles, el pueblo de Valencia es feroz y cruel sobre toda ponderacion. Cualquiera que tenga necesidad de deshacerse de un enemigo, encuentra un hombre dispuesto que por algunos escudos se encarga de ello con la misma indiferencia con que irá á echar una carta al correo. Un valenciano que se encuentra con una escopeta entre las manos al pasar un desconocido por una calle solitaria, dice á su compañero:—"Voy á ver si acierto," apunta y ¡dispara! Se cuenta la siguiente anécdota que me aseguran ser histórica. El hecho sucedió hace algunos años. En las ciudades y villas de España los niños y los jóvenes tienen la costumbre de juzgar á los toros, como dicen. Uno de ellos hace de toro y ataca dando cabezadas; otro con un baston bajo el brazo á modo de lanza y montado sobre un torero que hace de caballo, rechaza los ataques del primero. Un día, una turba de jóvenes valencianos idearon la manera de introducir en aquel juego una innovacion que le diera alguna mayor semejanza con las verdaderas corridas de toros y que causara á espectadores y artistas mayor emocion que el juego habitual; la innovacion consistió en sustituir el palo por un largo cuchillo afilado y

puntiagudo, una de esas formidables *navajas* que hemos visto en Sevilla, y aplicarse el hombre que representa el papel de toro otros dos cuchillos algo más cortos atados sólidamente á ambos lados de la cabeza á manera de los cuernos del bicho. ¡Es increíble, pero dicen que es verdad! Así se jugó, con puñales; se derramó un mar de sangre, muchos fueron muertos, otros heridos mortalmente, otros descalabrados, sin que el juego degenerara en pendencia, sin que se violaran una sola vez las reglas del arte, y sin que se levantara una sola voz para poner fin á la carnicería. *Relata refiero*, cuento lo que me han contado y estoy bien lejos de creer todo lo que se dice de los valencianos; pero lo cierto es que en Valencia, si la seguridad pública no es un mito, como dicen poéticamente nuestros diarios al hablar de la Romaña y de la Sicilia, no es el primer beneficio que se disfruta, despues del de la vida. Me convencí de ello la primera tarde de mi permanencia en aquella ciudad. No conocía el camino del puerto, pero creía no hallarme lejos de él. Pregunté á una tendera por dónde debía yo ir. La mujer dió un grito de extrañeza.

—¿Quiere usted ir al puerto, caballero?

—Sí al puerto.

—¡*Ave María purísima!* ¿Al puerto á estas horas?

Y volviéndose hácia un grupo de mujeres que estaban sentadas junto á la puerta, les dijo en dialecto valenciano:

—Señoras, respondan ustedes por mí: ¿este caballero me pregunta por dónde ha de echar para ir al puerto!

Las mujeres respondieron á una:—¡Que Dios le proteja!

—Pero ¿de quién?

—¡Que no se fie usted!

—Pero ¿por qué?

—Por mil razones.

—Dígame una.

—Pueden asesinarle.

Me contenté con esta sola razon, como se comprende, y desistí de mi curiosidad por saber el camino del puerto... Por lo demás, en Valencia, como en todas partes, en el escaso trato que tuve con las gentos, no encontré más que cortesía como extranjero, y como italiano una amigable acogida, aun por parte de aquellos que no querían oír hablar de reyes extranjeros en general, y de los príncipes de la casa de Saboya en particular, y estos eran los más numerosos; pero tenían la delicadeza de decirme:—No toquemos esa cuerda.—Al extranjero que al preguntarle de dónde es, contesta:—"soy francés"—le sonrien delicadamente, como diciendo:—"nos conocemos."—Si contesta:—"soy alemán, ó inglés," inclinan ligeramente la cabeza, como diciendo:—"¡servidor!"—Pero al que contesta:—"soy italiano"—le tienden en seguida la mano, cual si quisieran decirle: "somos amigos;"—y le miran con aire de curiosidad, como se mira por primera vez á una persona de quien se ha dicho que tiene con nosotros algun parecido, y se sonrien, satisfechos al oír hablar la lengua italiana, como uno se sonrie escuchando á quien, sin querer parodiarnos, imita nuestra voz y nuestro acento. En ningun país

del mundo se encuentra un italiano ménos alejado de su patria que en España. Todo se la recuerda: el cielo, la lengua, las caras, las costumbres, la veneracion con que se pronuncia el nombre de nuestros grandes poetas y de nuestros grandes pintores; la curiosidad amable y solícita con que nos hablan de nuestras ciudades célebres, el entusiasmo que tienen por nuestra música, el ardor de sentimientos, fogosidad del lenguaje, el ritmo de la poesía, los ojos de las mujeres, el aire, el sol.—¡Oh, poco amor ha de tener á su patria el italiano que no experimente un impulso de simpatía por ese país, que no se sienta dispuesto á excusar sus errores, que no deplora sinceramente su, desdichas y que no le desee el bien! ¡Hermosas colinas de Valencia, alegres orillas del Guadalquivir, jardines encantados de Granada, blancas casas de Sevilla, torres soberbias de Toledo, ruidosas calles de Madrid, venerables muros de Zaragoza!... y ¡vosotros, mis huéspedes afectuosos y mis amables compañeros de viaje, que me hablábais de Italia como de una segunda patria y disipásteis con vuestra alegría mis errantes melancolías: siempre tendré en el fondo del corazón un sentimiento de agradecimiento y de cariño por vosotros, guardaré vuestra imágen en mi alma como uno de los más caros recuerdos de mi juventud y pensaré siempre en vosotros como en uno de los más hermosos sueños de mi vida!

Así decía yo para mí á media noche mirando á Valencia iluminada, apoyado en la borda del vapor *Genil*, que estaba á punto de levar anclas. Habíanse embarcado conmigo algunos jóvenes españoles que

iban á Marsella, para desde allí dirigirse á las Antillas, donde debían permanecer muchos años. Uno de ellos lloraba apartado de los demás. De pronto se levanta, mira hácia la orilla por entre dos buques anclados y exclama con desesperado acento: —¡Oh, Dios mio, creí que no vendría!

Algunos instantes despues un bote se acerca al *Genil* y una figura blanca seguida de un hombre envuelto en su capa sube con presteza la escalera y se echa sollozando en los brazos del joven, que había corrido á su encuentro.

En aquel mismo momento el capitán gritó:—¡Señores! ¡Vamos á salir! Entonces se produjo una escena dolorosa. Fué necesario separar á la fuerza á los dos jóvenes y llevar á la mujer casi desmayada al bote, que se alejó un poco, y quedándose luego inmóvil. El vapor salió.

Entonces el joven se abalanzó como un desesperado hácia la borda y gritó, sollozando, con una voz que partía el corazón:—¡Adios, amada mía! ¡adios! ¡adios!

La figura blanca le tendió los brazos y le respondió tal vez, pero su voz no pudo oirse. El bote se alejó y desapareció.

Un joven murmuró á mi oído:—Son novios...— Era una noche hermosa, pero triste. Valencia desapareció muy pronto á nuestros ojos; pensé que tal vez no volvería á ver á España y las lágrimas inundaron mis pupilas...

